

R. 17.017

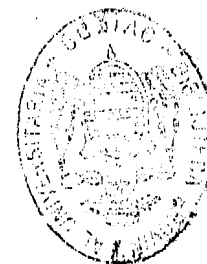
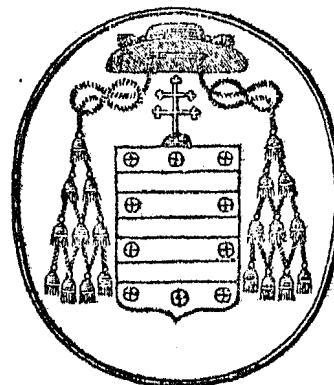
XIX-4
11

DISCURSO,

QUE EN LA SOLEMNE APERTURA DE ESTUDIOS
DE LA
REAL UNIVERSIDAD LITERARIA DE OVIEDO,
EL DIA 23 DE OCTUBRE DE 1834

DIJO

EL DOCTOR DON VÍCTOR DIAZ DE ORDOÑEZ,
del Claustro y Gremio de la misma por la facultad de Cánones, Moderante de Oratoria, Abogado de la Excm. Real Audiencia y del ilustre Colegio de dicha ciudad, Regidor perpetuo de ella, é individuo de la Real Sociedad Económica de Asturias.



OVIEDO :
POR EL IMPRESOR DE LA UNIVERSIDAD.

4
que ellos mejoran nuestra razón, forman nuestro espíritu, nos inspiran gusto y amor á las letras, nos auxilian en la carrera de las ciencias, y perfeccionan y embellecen en fin la ilustracion que en ellas adquirimos.

Hablo, ó distinguidos alumnos, de los conocimientos, que tienen por objeto el don de la palabra, esta prerogativa, que el cielo concedió al hombre para su gloria: hablo de un estudio, cuya utilidad reconocida por las naciones mas cultas, ocupó siempre un lugar muy principal en la instruccion del hombre literato.

Yo bien sé que un asunto tan difícil exige otra pluma mas amena, y menos pobre y juvenil, que la que yo tengo: bien sé, dignos ministros de la sabiduría, que para ofrecer cual corresponde la imágen agradable de *la elocuencia* es preciso ser elocuente; pero si mis espresiones ni llenan vuestros deseos, ni son dignas del objeto, que me propongo, yo espero fundadamente que suplirá vuestro saber lo que á mí me falte. Prestadme, pues, vuestra atencion.

Luego que el hombre recibió de la bondosa mano de su Criador la preciosa prero-

5
gativa de la palabra se ocupó en mejorarla, y en suplir la escasez de voces de que se componia el lenguaje. Sale luego de tan estrechos límites, porque sus necesidades, las situaciones morales de su vida y otras causas le facilitan un dialecto menos escaso: no se contenta ya con comunicar solo sus ideas, aspira á comunicar tambien sus pasiones, aspira á persuadir, á mover, á deleytar, y lo consigue; y la palabra, que al principio sirvió solamente para hacerse entender, ofrece ya placeres á la imaginacion: no de otra suerte que el vestido, que la necesidad y el pudor hicieron un dia preciso, es hoy objeto del adorno y del lujo, segun el simil de Cicerón.

Un noble estímulo mejora el uso de la palabra. Se emplea el hombre en reflexionar sobre la naturaleza del lenguaje, y sus indagaciones acerca de las causas de la elegancia en el decir de unos y el desaliño de otros producen una coleccion de reglas, que llamada despues *retórica*, facilita el camino de *la elocuencia*. Dedicánse á aquella cuantos quieren sobresalir en las letras, y hermando el arte y la naturaleza se perfecciona el don de la palabra. Los pueblos cultos colman

de los mas distinguidos honores á los profesores de la elocuencia, que floreciendo en el imperio de las letras adquiere los mas inmortales triunfos.

Subid sinó á su origen, y observad sus progresos en las naciones sábias. Dejando como fabuloso lo que nos dicen Homero y Platón que Júpiter fue el primero, que enseñó al sábio Minos el arte de bien hablar, y que en las concavidades de una gruta, en que se reunian con este objeto, resonaron las primeras lecciones de elocuencia, que aquel dios de la gentilidad daba al célebre legislador de Creta: ved á la madre de las ciencias, la sábia Grecia, producir los mas grandes modelos en el arte del decir. Solón, proto-orador de Atenas, obtiene el primero los honores de la elocuencia: Pisistrato arenga al pueblo por medio de un elegante discurso, y es elevado á la suprema potestad. Clístenes, Temístocles y Cleón se hacen célebres en la elocuencia: Pericles, aquel que supo unir el arte y la naturaleza, cuyo lenguaje, segun decian sus mismos émulos, era mas dulce que la miel, cuyas palabras punzaban el corazon, y de cuya boca salian rayos y truenos: aquel,

por último, llamado por sus prendas oratorias el Olímpico y el divino, logra doblar la cervid de los Atenenses, sin mas armas que su elocuencia arrastradora. Demóstenes y Eschines, estos dos genios de la Grecia, hacen sobresalir en sus discursos aquel vivo ardor, aquel irresistible poder, que cautiva el corazon de cuantos les oyen. El primero, á quien llama Cicerón perfecto y cabal orador, y Quintiliano príncipe de los oradores y ley del modo de perorar, restituye á su patria el vigoroso y varonil lenguaje de Pericles. Su elocuencia siempre nerviosa, siempre noble, siempre magestuosa influye mas en la libertad de la Grecia, que las armas de este pueblo poderoso, y el ímpetu de Filipo, rey de Macedonia, que habia despreciado el furor de las armas griegas, cede á la elocuente voz de Demóstenes.

Seguid los progresos de la elocuencia: vedla trasladada á Roma por la famosa embajada de Carnéades, Crisoláo y Diógenes. Al oír sus elegantes razonamientos, una noble emulacion escita en la capital del mundo el estudio de la retórica y de las bellas letras. Se abren escuelas de una y otra enseñanza bajo



la direccion de maestros griegos. Cicerón , Cesar , Léutulo , Ático y otros introducen despues el estilo elegante en sus producciones , y Roma oye ya sábias arengas en todos géneros. El príncipe de la elocuencia romana , aquel , á quien solo fue dado competir en el estilo ático con Demóstenes é Isócrates , con Platón en el diagonal , en el socrático con Eschines , con Xenofonte en el didactico , y con todos los otros griegos en el epistolar (1), Cicerón digo , es el mismo para quien estaba reservada la gloria de elevar la elocuencia al mas alto grado de perfeccion. El adquiere el título de príncipe de los oradores , que la Grecia habia dado ya á Demóstenes , y estos dos genios en el arte difícil de bien hablar , descollando sobre los demas , como el verde ciprés se eleva sobre los débiles arbustos , hacen eterno su nombre en sus inmortales escritos.

Si estos y otros esclarecidos oradores ilustran á Grecia y Roma , y hablan con aplauso en el famoso y respetable tribunal de los cincuenta jueces y en el Senado , Aristóteles , el mismo Cicerón y el célebre M. Fabio

(1) El Abate Andres , historia de la literatura tomo 5.^o

Quintiliano , lustre de nuestra España , que le vió nacer , reducen á cierto sistema el uso de la palabra , y legan á la posteridad luminosas máximas y sábios modelos de retórica y elocuencia. Ojalá que se hubieran apreciado como debian , ojalá que la elocuencia no hubiera decaido casi á la vista de estos célebres retóricos y oradores , y que sectas de una elocuencia espuria y otras circunstancias políticas no hubieran ocasionado su decadencia ; pero tal es la naturaleza de las cosas humanas , que elevadas á la cumbre , en vez de sostenerse , retrogradan precipitadamente ; y aunque la culta literatura en su retroceso encontró un asilo entre los Árabes , fue éste demasiado momentáneo , ya por su forma de gobierno , ya por otras causas.

Las lenguas vulgares formadas en la decadencia de las sábias pudieron aprovecharse de los restos de una elocuencia , que se sepultó entre las ruinas de aquellos pueblos juntamente con sus glorias , y la España puede con razon lisongearse de haber consagrado al estudio de las bellas letras una parte muy principal de la aplicacion , que abrigó hácia los conocimientos útiles.

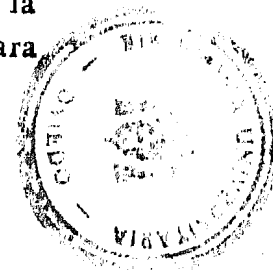
El lugar, en que nuestra nacion colocó este estudio, es seguramente el que corresponde á su importancia. Para persuadirnos de ello basta conocer, que tiene por objeto el mejorar el inestimable don de la palabra, esta prerogativa que, entre otras, distingue al hombre del bruto, y le conduce al comercio con los racionales; por lo que Cicerón dice que la facultad de hablar reunió los hombres, convencidos de que este admirable instrumento de comunicacion les separa de las selvas, para proporcionarles entre sus semejantes los mas caros intereses sociales, y lo que vale mas, la mejora é ilustracion de su entendimiento. Con efecto: aislado el hombre á sí mismo, pocos progresos haria en la perfeccion de sus facultades intelectuales: no las mejora, no, tanto el que mas estudia y medita, como el que comunica á otros sus pensamientos: cuando hablamos ponemos en ejercicio las propiedades de nuestra alma, y enunciando nuestras ideas, rectificamos, analizamos y coordinamos las ideas mismas: tan estrecha, tan íntima es la relacion de la lógica y de la filosofía con la palabra. Si lo que pensamos quedase encerrado en nuestra

alma abortaria informe en su misma cuna; pero si se comunica, se fecunda, se reproduce y recibe nueva vida. Asi vemos que las aguas del mar, agitadas con movimientos encontrados, se conservan puras, cuando las de los dormidos lagos estan llenas de fango y de fetidez. La palabra es la espresiva imagen de todo lo que el hombre piensa y discurre, y sin ella de poco nos servirian nuestras facultades intelectuales, pues como dice sabiamente un poeta

Y si basta el pensar, ¿á que fin viene
El don de la palabra con que el Cielo
Dotó al hombre, celoso de su gloria?
Los labios comunican su dulzura,
Y sirven de modelo
A la idea; por ellos sale pura:
La voz dá complemento
Y esplendor al mas tosco pensamiento.

EDUARDO YOUNG, NOCHE 2.^a

Ella dá nombre á los objetos, que nos rodean, enuncia los mas íntimos sentimientos de nuestra alma, nuestros mas vivos afectos y violentas pasiones, y hasta los conocimientos mas abstractos de todas las ciencias. Sacca á luz los pensamientos, que yacen en la oscuridad de nuestro entendimiento, para



imprimirlos en los demas , difundirlos y propagarlos, generaliza la riqueza del talento y del estudio, y hace comunes todos sus bienes. Familiarizados con un don tan inestimable, ni le admiramos, ni le apreciamos cual debiamos, como tampoco nos llaman la atencion la multitud de maravillosas producciones, sembradas en rededor de nosotros por la benéfica mano de nuestro Hacedor.

Las bellas letras, cuyo principal objeto es la palabra, ilustran considerablemente nuestro entendimiento. Ellas se llaman con razon *bellas*, porque embellecen y engalanan nuestro espíritu, y apoderándose de la riqueza de las ciencias les dan nueva forma, nuevo brillo, para comunicarlas y difundirlas. Los mas rudos, los mas groseros pensamientos se pulen y se presentan bajo la mas vistosa brillantez, y los sublimes rasgos de la imaginacion reciben nueva gracia y nuevo encanto. Lo hermoso adquiere mas hermosura, lo tierno mas sensibilidad, mas fuerza lo enérgico, lo terrible mas sublimidad. Las buenas letras no dan genio, es verdad; pero dirigen y ayudan, no suplen lo escaso de nues-

tra imaginacion; pero corrigen lo superfluo. Ellas producen en nosotros el buen gusto y la sana crítica en todas las especies del decir: *el buen gusto*, este sentido moral tan necesario en el uso de nuestra vida, tan preciso para hablar y escribir bien, como para sentir y pensar: él es el principio de los placeres de la imaginacion, es el que ocasiona la distinta sensación, que causan las bellezas y los defectos de las producciones literarias, que ya nos apasionan de la verdadera elocuencia, ó nos cansan y fastidian con el lenguaje desabrido y descuidado, y ofreciendo á nuestra vista cuanto la naturaleza y el arte tienen de mas interesante en las obras del ingenio, nos arrebatan con un poder irresistible hácia sus mágicos encantos. No son estos solos los bienes, que produce la culta literatura. Ella, alabando las acciones virtuosas y heroicas y reprobando los vicios, fomenta las virtudes morales y sociales; y para hacer menos áspera la estrecha senda de la virtud la cubre con sus galanas flores. Ella en fin alienta en los deberes mas austéros, porque sabido es que los preceptos de la vida humana se reciben mejor, cuando los comu-

nica la elocuencia, y si volvemos la vista al principio de las sociedades, el hombre no se hubiera sujetado á una potestad, que le dirigiese, no se hubiera desprendido de una parte de su natural libertad, no hubiera guardado sus pactos y convenciones, si una voz elocuente no le persuadiese de las ventajas, que iba á conseguir.

Pero ¿acaso son éstos solos los frutos de la elocuencia? ¿Tan estrechos, me preguntareis, son sus límites? Yo os diré con el orador de Roma «el arte de bien hablar no tiene objeto determinado, á que deba circunscribirse.» Si otras ciencias tienen sus términos, si en ellas es preciso guardar los aledaños, que separan las unas de las otras, la bella literatura, elevándose desde el tronco del árbol de la sabiduría, recorre todas sus ramas: ella, os diré con el mismo, «es la ciencia de todas las ciencias.» Consideradla sino en todas las carreras, en todos los puestos, á que llama al hombre su vocacion. Ocupada así en los santos deberes de la Iglesia, como en los distinguidos puestos del estado, se presta á la vez á la ciencia de la religion, á la de las leyes y á la política. El enviado del

Señor, y el ministro de Astréa y Themis acuden á ella en busca de sus auxilios, á todos ayuda, en todos se emplea y con todos se comunica.

En las alocuciones del primero sostiene aquel carácter de gravedad, de fuerza y de sublimidad, que persuade que su mision es toda divina: y en medio de sus inspiraciones le conserva el genio, la calma y la magestad de la religion. Ella contribuye á que el enlace de sus razonamientos sea mas claro, su language religioso y melancólico, y le facilita una invencion de pensamientos, que no conocieron los mas célebres oradores de la antigüedad. Esta es la elocuencia de la religion, desconocida por los antiguos, y que apareció en la tierra con la ley evangélica. En la cátedra del Espíritu Santo es, en donde la elocuencia se manifiesta mas pura y mas grande. El ministro de Dios, que desde aquel santo lugar anuncia al pueblo las verdades eternas, y los inefables bienes del evangelio, dá á conocer al mismo tiempo todo el poder de la elocuencia, que hermanada con la ciencia de la religion, procede de consuno con ella para guiar al hombre al puerto seguro



por entre escollos y bancos de este proceloso mar. Si el orador del púlpito careciese de conocimientos en letras humanas, por mas que sus palabras sean otros tantos dogmas, no conseguirá todo el fruto, que conseguiria, si estuviesen animadas de los donosos rasgos de la elocuencia. Si esta esmaltase con sus flores la vasta provincia de sus discursos, entonces serán mas ciertos los triunfos, que consiga sobre la impiedad, el vicio y la indiferencia peligrosa, será escuchado con mayor edificacion, é inundará las almas de sus oyentes en los sentimientos mas puros de compuncion, de penitencia y de gratitud hácia el supremo Hacedor.

Y ¿ que diremos de aquel ramo de oratoria tan celebrado de los antiguos y adoptado en parte por la religion, aquel que se emplea en alabar y vituperar los hombres y las acciones, *el género demostrativo*? ¡Cuan precisa es la elocuencia para desempeñarle dignamente! ¡cuan precisa es, para que el panegerista del mérito y de la virtud, poseido de un religioso entusiasmo á la vista de un monumento fúnebre, ó al recuerdo solo de un héroe, cuya memoria no pudo borrar el se-

pulcro, le presente á sus oyentes bajo tal aspecto, que, si pagó su tributo á la naturaleza, existe todavía por sus gloriosas acciones, y hace, por decirlo así, principiár una nueva vida sobre los tristes despojos de la muerte. En las parentaciones lúgubres, ya se pronuncien desde la cátedra del Espíritu Santo, ó en otro lugar, la elocuencia facilita al orador los medios de ofrecer á sus oyentes una existencia consagrada al bien de la religion y de la patria, como un modelo de virtudes morales y sociales, y de exhortar con piadosa energía á imitar sus gloriosas acciones, antes que ocupar un lugar de oprobio y execracion en la historia de los siglos, ó dejar solo un recuerdo efimero y pasagero, que oscurece y olvida el polvo, que cubre sus restos.

Ved ahora la elocuencia auxiliando la honrosa y respetable profesion del foro, esta profesion tan antigua como el derecho de juzgar á los demas, tan ilustre como la virtud y tan indispensable como las leyes, fuente de la justicia. El lenguaje de estas es árido y seco, y los razonamientos formados sobre ellas serán por consiguiente de la misma clase, sino se revisten de las bellezas de la diction. Lo

mismo en este, que en otro cualquiera género de oratoria, es preciso distinguir *la razon del corazon*: á aquella la convencemos, pero á este le persuadimos y movemos: no basta tener de nuestra parte el entendimiento, es preciso hacer nuestra la voluntad, y cada uno de ellos tiene sus resortes particulares, que deben manejarse con distincion. El conocimiento de las leyes es necesario al abogado para fundar sus pretensiones, y apoyar sus razonamientos; pero le es no menos necesaria la elocuencia, para representar asi la atroz imágen del vicio y del crimen, como la placentera idea de la virtud y de la inocencia: para engalanar sus racionios con los rasgos de la imaginacion, para escitar los mas nobles afectos, y hacer en fin que la verdad triunfe en el ánimo de los jueces. Si hablase á quien fuese incapaz de equivocarse, ó de ser engañado, no necesitaba mas armas, que las de la razon y la ley; pero como dirige su voz á hombres, cuyo saber está expuesto á la sorpresa de las pasiones, la oratoria forense ilumina el santuario de la justicia, arranca la máscara de la maldad, confunde y aterra al criminal, á la vez que alienta y consuela al inocente, y á su vista

desaparecen la calumnia y la perfidia, como las tinieblas de la noche al advenimiento del dia. Ella, hermanada con la filosofia y con el conocimiento del hombre, descubre el delito y la inocencia disfrazados con mentidos tragés, y cubriendo al inocente con el augusto manto de la justicia, entrega el malvado á la cuchilla de la ley.

Representaos sino un digno profesor de esta ciencia en sus mas altas funciones: suponedle acusando el crimen. La legislacion se contenta con ofrecerle los medios de probarle y las penas con que le castiga; pero la bella literatura le dirige, le acompaña en su empresa: presenta con vivos rasgos la atrocidad del delito, mueve á la indignacion del perpetrador, y hace en fin que los que empuñan la espada de Themis, siempre levantada sobre el delincuente, separen de la sociedad un miembro, que la corrompe, que no es digno de poseerla. Si por el contrario, su ministerio fuese mas humano, si ejerciese el benéfico cargo de patrono, vedle como despues de emplear los medios legales, para convencer la inculpabilidad de su defendido, ofrece á los jueces su triste situacion para mover é interesarlos en su favor. El causídico

presenta á su cliente en la imaginacion del tribunal, sumido en lo mas tenebroso de la mansion del crimen, aherrojado con las cadenas, que labró la sociedad, para custodia del criminal, tal vez sin otro consuelo en medio de su inocencia que la inocencia misma . . . logra arrancar la preocupacion del ánimo de los jueces, logra ya inclinarlos en favor del infeliz, que espera entre agonías la decision de su suerte: triunfa en fin, y el oráculo de la justicia pronuncia la absolucion del supuesto reo: el patrono entonces, poseido de una conmocion mas facil de sentir que de explicar, bendice mil veces la elocuencia, que tanto ha contribuido á su triunfo. ¡Que satisfaccion tan grande! La gloria de un héroe, cubierto de troféos, y cuyas sienes ciñen los laureles de la victoria, no iguala, no, á la de un abogado, que conociendo el valor de la mision social, á que le destina la dignidad de su profesion, por medio de una elocuencia apoyada en la verdad, arranca la espada de la justicia, levantada ya sobre la pálida cabeza del inocente.

Por último, Señores, la elocuencia es el mas poderoso auxilio para que el orador político pueda llenar dignamente sus importan-

tes objetos. Por medio de ella pintará con los mas vivos rasgos asi los horrores de la guerra, como los dulces bienes de la paz: la desgracia de un pueblo, que está haciendo continuos esfuerzos para traspasar los justos límites, que le ha puesto la verdad, la justicia y la razon: las diversas y encontradas pasiones, que bullen en rededor de la sociedad, como las olas del mar, agitadas en una tormenta: y ofrecerá los medios de aplacarlas, ó de moderar su ímpetu. O ya que la dulce paz haga que sus razonamientos sean menos vehementes, discurrirá en calma sobre la legislacion, la política, la mejora de la administracion, y descubrirá las causas de la prosperidad y decadencia pública: y la elocuencia entonces, dirigida por la historia de los siglos, ofrece á los hombres lo bueno, lo útil, lo conveniente. Asi es, apreciables alumnos, que la elocuencia establece esta admirable armonía en todo lo que hay de mas grande, *la virtud y el genio*: asi es que nuestros mas caros intereses, tratados por una voz elocuente, producen las mas agradables emociones.

Pero todavía me resta observar las bellas letras bajo otro aspecto: esto es, como un

estudio agradable en sí mismo, y que ofrece muchas dulzuras á la vida humana. »No hemos de estar, dice Cicerón, ocupados de continuo en el foro, en la tribuna de las arengas ó en el Senado.» Los hombres mas activos, mas laboriosos no pueden estarlo siempre, porque nuestra alma no puede producir continuamente pensamientos serios, y he aqui, como la bella literatura rehace el ánimo de las fatigas del entendimiento, y del trabajo del estudio árido, y viene á fortalecer y amenizar nuestro espíritu con las obras del ingenio, y como el labrador despues de un trabajo violento y pesado, descansa entregándose á otro menos duro, y mas gustoso; asi el profesor de las ciencias, vuelve á las ocupaciones serias despues de las útiles distracciones, que ofrecen las buenas letras. Ellas llenan tambien con nobleza los ratos ociosos de nuestra vida con los entretenimientos del gusto. Feliz aquel, que apasionándose de su estudio, tiene en el ocio un agradable preservativo de las pasiones perjudiciales; porque estos conocimientos estan colocados entre los placeres de los sentidos, y las serias ocupaciones del entendimiento, para que no nos degrademos, en-

gándonos á aquellos, y porque no somos capaces de estar ocupados en estas de continuo. Ademas las bellas letras, como dice un sábio magistrado (1), tienen sobre otros estudios la ventaja de que siguen todos los períodos de la vida del hombre. En la niñez labran el gusto é inspiran pasion á las letras, amenizan en la juventud los áridos estudios de las escuelas, al hombre formado le llenan de dulzura y tierna suavidad, y son el consuelo y grata compañía hasta en la última vejez. Se puede con razon decir de este estudio lo que dijo Cicerón de la poesía, defendiendo al poeta Archias, (¿por ventura la poesía no es una parte de las bellas letras?) Los demas estudios ni son para todos tiempos, ni para todas las edades y lugares; pero las bellas letras alientan á los jóvenes, deleytan á los ancianos, dan lustre en la prosperidad, en la adversidad sirven de consuelo, y son nuestros mas fieles compañeros en el campo y en la ciudad, en el bullicio y en el retiro.

Cuan importante, alumnos, cuan digno de vosotros es el estudio de la elocuencia, y con cuanta razon debe ocupar un lugar muy

(1) Melendez Valdés, discursos forenses.



distinguido en vuestras tareas. El primero de los oradores romanos (1), nada halla mas grande, que ganar el hombre el entendimiento, y erijirse en árbitro de la voluntad de los demas por medio del discurso: nada mas agradable que una oracion, en la que brillen sábios pensamientos y armoniosas espresiones: nada de tanto poder y magnificencia, como el que la voz de uno solo calme las turbaciones del pueblo, dirija la integridad de los jueces, y haga flexible la gravedad del senado: y nada en fin mas noble, mas generoso, que favorecer á los suplicantes, ayudar á los afligidos, librarlos de los peligros, de las cadenas, de la expatriacion y hasta de la muerte por medio del don de la palabra.

Tales son, distinguidos alumnos, los bienes, que os ofrece el estudio de la elocuencia: ellos son tan importantes, que deben aficionarnos á él, hermanándole con el de las ciencias, á que os dedicais. Sí, vosotros habeis visto lo útil, lo interesante y lo elevado de esta parte de la literatura. Débiles, es verdad, débiles han sido los rasgos con que os la he descripto; pero las ventajas, que

(1) Cic. lib. 1.º del orador.

ofrece la dan bastante á conocer. La habeis visto grande, porque lo son los objetos, sobre que versa, la dignidad con que se egerce, y los efectos que consigue. ¿Qué? La que mejora la palabra, nuestras facultades intelectuales y los conocimientos, que adquirimos en las ciencias, la que anima las verdades de nuestra creencia desde la cátedra del Espíritu Santo, aquella, que protegiendo la inocencia y persiguiendo el crimen, ilustra el santuario de la justicia: aquella, en fin, que es el consuelo y las delicias hasta en el retiro del hombre ¿no será lo mas importante, lo mas grande, lo mas sublime? Con razon, pues, nos dice Quintiliano, que aspiremos á la magestad misma de la elocuencia, que es lo mejor, que los dioses inmortales han concedido á los hombres, y que pongamos todo nuestro empeño en poseerla; porque, aunque, no lleguemos á ser perfectos oradores, hallaremos muchos inferiores á nosotros.

Hacedlo vosotros asi, dignos alumnos de estas aulas, dedicaos pues, al estudio de las bellas letras, dedicaos á él en este emporio del saber, y sea cualquiera vuestro destino, sea cualquiera vuestra vocacion, conseguireis

abundantes frutos. Si vuestra inclinacion os conduce á la carrera de la iglesia , necesitais de él » para que habéis de la sabiduría con magnificencia , y para que no adulteréis la palabra de Dios,» como dice la sagrada escritura. Si os dedicais á la noble y honrosa profesion de la abogacia, oid á Quintiliano. » Ninguno, dice , puede ser buen defensor sin que sea muy elocuente.» Esta es la ciencia aplicable á todas las ciencias : ella hace que os espliqueis siempre bien en todas las materias, ya vuestro lenguaje se parezca , segun dice él mismo, á la precipitada corriente de un impetuoso rio , ó al manso y cristalino curso de las fuentes , ó bien á la sosegada agua de los estanques : cualquiera que sea el estilo , que empleeis, podreis espresaros felizmente. No os detenga lo difícil de la empresa : sino llegais á ser perfectos oradores , hallareis muchos inferiores á vosotros ; y en fin no á todos es dado subir á la cumbre , como dijo Horacio.

Sobre todo, aplicaos con esmero al estudio de vuestras respectivas carreras : las bellas letras requieren y suponen un profundo conocimiento en las ciencias. » El orador debe ser instruido en todas las ciencias y ar-

tes,» decian los antiguos. El saber es el principio y la fuente del bien escribir , porque las buenas letras solo sirven de pulimento , y sabemos que no le reciben sino los cuerpos sólidos. Procurad muy particularmente el perfeccionaros en nuestra lengua , en esta lengua llena de magestad , de elegancia y de armonía , porque su completa posesion os abrirá el camino de la elocuencia. Apasionaos del estilo Demosténico y Tuliano : entonces hareis progresos en la oratoria , cuando gustéis mucho de estas purísimas fuentes , de estos sublimes raudales del genio , que produjeron Grecia y Roma , como titula un sábio de nuestro suelo (1) las obras de Demóstenes y de Cicerón : imitad estos y otros modelos mas recientes del bien decir : imitadlos , no servilmente, sino tomando de ellos las bellezas mas escogidas , como las abejas chupan el jugo de las mejores plantas : recordad las dificultades, que superaron aquellos colosos en el arte de hablar , para que nada os arredre en tan importante empresa : sed avaros del tiempo para emplearle en este estudio. » Ninguna avaricia es honesta , dice Seneca , sino la del tiempo.»

(1) Jovellanos.

Pero cuidado muy especialmente que vuestra conducta sea digna de la instruccion, que procurais adquirir ; porque tan imposible es que el vicioso haga progresos en las ciencias , como el que crezca el trigo en un campo lleno de abrojos y malezas : con particularidad la elocuencia exige esta circunstancia : su fin es persuadir , y para conseguirlo , contribuye muy poderosamente el tener una idea ventajosa de las buenas prendas del que nos habla : y por último no profaneis la nobleza de las bellas letras , no concediendo jamas á piratas el puerto saludable de la elocuencia.

Si lo hicieseis asi , yo os prometo en nombre de la sabiduría que conseguireis cuantos bienes os he dicho que produce la bella literatura , y que aparecereis en el teatro del mundo literario dignos hijos de la nacion, que os instruye , y alumnos no menos dignos de este templo del saber ; y yo tendré la mas dulce satisfaccion , si he logrado inspiraros el mas constante amor á un estudio , que ademas de su utilidad en todas las carreras , hace las delicias del hombre literato.

HE DICHO.



100547766